

Significación de la *Catechesi Tradendae* en la historia del pensamiento catequético del magisterio de la Iglesia

MANUEL MATOS HOLGADO

«Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 16 de octubre del año 1979, segundo de mi Pontificado».

Así data la Exhortación apostólica *Catechesi Tradendae* el Papa Juan Pablo II, documento conclusivo de la IV Asamblea General del Sínodo de Obispos, celebrada durante el mes de octubre de 1977, en la que el entonces Cardenal Arzobispo de Cracovia participó como Padre sinodal.

Diez años —que se cumplen ahora— no es mucho tiempo en la vida dos veces milenaria de la Iglesia. Sin embargo, si se tiene en cuenta el ritmo acelerado de la historia reciente, o al menos la sensación que muchos hemos tenido de estar viviendo muy deprisa en pocos años cambios o mutaciones que antes ocupaban a varias generaciones, es posible que sea ya el momento de hacer un balance, aunque sea con carácter provisional, ya que la aceleración histórica no parece haber parado, aunque, en algún modo, sí parezca haber disminuido su anterior velocidad de vértigo.

No le correspondía a Juan Pablo II haber dado a la Iglesia esta Exhortación apostólica, originada en una Asamblea sinodal convocada y presidida por Pablo VI sobre la catequesis en nuestro tiempo, con especial atención a los niños y jóvenes. Sin embargo, el hombre propone y Dios dispone. Sobre la

mesa de trabajo de Pablo VI quedó, al parecer, un borrador de este documento, cuando el Señor le llamó a vivir su Pascua el 6 de agosto de 1978 al anochecer, en Castelgandolfo. Allí debió encontrarlo el Patriarca de Venecia, Cardenal Luciani, cuando fue elegido Sucesor de Pedro con el nombre —cargado de símbolo y síntesis cristiana— de Juan Pablo I. En el corto espacio de un mes que duró el Pontificado de este Papa catequista tuvo, al parecer, tiempo suficiente para trabajar el borrador de Pablo VI. Algo de su instinto de pedagogo, de su sencillez y su sonrisa debió aportar. El hecho es que Juan Pablo II tuvo, en la Providencia misteriosa de Dios, el destino histórico de recoger, en esta Exhortación apostólica, el trabajo sinodal, no sin aportar de modo muy personal su propia visión y sello propio. *Catechesi Tradendae*, al que Juan Pablo II se referirá con frecuencia en su magisterio posterior, es un documento pontificio que revela ya quién es el nuevo Pontífice y qué caminos quiere marcar a la Iglesia universal en el desarrollo del Concilio Vaticano II en este campo decisivo de la transmisión de la fe a las nuevas generaciones.

VISTA DESDE ESPAÑA

Nada suele surgir de la nada, fuera del acto creador de Dios, ni nada se recibe desde el vacío. Y menos en una Iglesia, como la española, embarcada con entusiasmo y pasión, a veces sin sosiego, en la aplicación del Vaticano II. La Iglesia en España entendió enseguida que la catequesis era un factor determinante, una acción eclesial decisiva, para la asimilación y difusión del Concilio Vaticano II. Esto no es nuevo en la Iglesia. Así lo entendió también el Concilio de Trento, cuyos catecismos han llegado casi hasta nuestros días y han educado durante trescientos años a las comunidades cristianas.

El Concilio Vaticano II (1962-1966) sorprende a la catequesis española en un primer movimiento de reforma de la catequesis denominada magisterial o doctrinal, originada en el movimiento catequético contrarreformista de Trento al servicio de la reforma católica. En esos años se están recibiendo en España las aportaciones del movimiento kerigmático, con la recuperación de la Escritura y la Liturgia para la catequesis, la centralidad del Kerigma y la jerarquía de verdades en el ordenamiento de los contenidos del mensaje. La teología kerigmática, nacida en centroeuropa, cuyo epígono más significativo fue el jesuita tirolés Josef Andreas Jungmann, ha tomado forma pedagógica sobre todo en las Iglesias de Francia y su influencia colonial, especialmente en Canadá. Jóvenes sacerdotes españoles que han estudiado en los años anteriores al Concilio en el Instituto Católico de París han traído a España, a una Iglesia bastante aislada y ajena a lo que pasa más allá de sus

fronteras, vientos nuevos de renovación catequética. A ellos se unirán, poco a poco, otros que, durante la misma celebración del Vaticano II o poco después, se formarán en el Instituto Internacional Lumen Vitae, de Bruselas, centro donde a las aportaciones del movimiento kerigmático se añaden nuevas sensibilidades sociales de la fe que se hace operativa en la práctica de la justicia y una visión de la secularización europea como momento de gracia para el anuncio de la fe. Los avances de la psicología evolutiva religiosa y de la pedagogía renovada desde el movimiento de Munich, así como la rica teología que sustenta el Vaticano II en su preparación confluyen también en el movimiento catequético español. Son momentos de creación de un caldo de cultivo que pronto se revelará fecundo.

El Concilio Vaticano II no elaboró ningún documento directamente catequético, sino que todo él se constituyó en catequesis para la Iglesia. Así lo reconoció Pablo VI y, después, Juan Pablo II que le llamaron «la gran catequesis del siglo XX». De ese concilio somos nosotros hijos, albaceas y herederos. Constituye nuestra tarea histórica. Así al menos lo recibieron muchos en España, con una obediencia religiosa ejemplar, incluso los que se sintieron sorprendidos por sus planteamientos. Reacciones posteriores no han sido nunca rechazo del Concilio, sino búsqueda de una lectura fiel y eclesial del Concilio que se juzgaba mal interpretado y parcialmente aplicado, aunque a veces esta búsqueda se ha expresado en formas cargadas de más visceralidad que racionalidad.

El Congreso catequístico nacional de 1966 fue ciertamente una revisión honda del movimiento catequético español, que rompía amarras y ponía correctivos a un estilo de catequesis. Se acomete enseguida la reforma de los Catecismos nacionales de 1.º, 2.º y 3.º grado, que eran explanaciones de los Catecismos de los jesuitas Ripalda y Astete, con mayor divulgación entre nosotros, y de los grandes Catecismos de Trento y San Pío X. En 1968 ven la luz los llamados Catecismos escolares, de fuerte inspiración kerigmática, a la vez que se inicia en todas las Diócesis españolas una pléyade de iniciativas para la formación de catequistas seglares, que serán ordenadas y animadas desde la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis de la recién creada Conferencia Episcopal Española, también como fruto del Concilio. Los Secretariados diocesanos de Catequesis asumen estas tareas en las Iglesias particulares y reúnen casi siempre equipos de sacerdotes y seglares entusiasmados con la tarea de la educación en la fe. Pesa mucho todavía la enseñanza religiosa escolar y aún no se han definido con claridad las peculiaridades de la catequesis de la comunidad cristiana y su complementariedad con la enseñanza religiosa escolar, sustentadas en ámbitos distintos, cosa que no se logrará hasta años después en 1979.

El año de 1968 es, a mi modo de ver, un año de gracia para la catequesis en España. En esta fecha nacen en España las primeras experiencias del catecumenado de adultos, con la precisa intuición de que la renovación de la catequesis tiene que nacer desde la catequesis de adultos y es el año en que se celebra en Medellín (Colombia), la II.^a reunión de la Conferencia Episcopal Latino-americana, creada en Río de Janeiro en 1955, para reflexionar sobre la aplicación del Vaticano II a la realidad hispano-americana. El diálogo entre la Iglesia en España y en los países americanos de habla española y portuguesa, nunca interrumpido, se incrementa con una atención mutua. Los documentos de Medellín son leídos entre nosotros con avidez, descubriendo en ellos una inquietud social de la que carece, en gran parte, nuestra Iglesia, más entretenida en una divulgación de la doctrina social de la Iglesia a niveles teóricos que alcanza sólo hasta Pío XII. Medellín ha hecho la lectura de la realidad de pobreza e injusticia en los pueblos americanos desde el Vaticano II y ha marcado pautas a la evangelización desde esa realidad. Es un nuevo modo de plantearse la acción educativa de la Iglesia lo que se descubre desde España.

Será, sin embargo, otro elemento más a añadir al movimiento catequético español. En 1971 la Sagrada Congregación para el Clero, organismo de la Santa Sede del que en ese momento depende la catequesis, publica el *Directorio General de Pastoral Catequética*, como libro de referencia obligada para toda la Iglesia universal que marcará nuevos impulsos a la catequesis del Vaticano II entre nosotros. La catequesis antropológica o de la experiencia será la acuñación más genuina de lo que se quiere sea la catequesis del Vaticano II, con clara inspiración en la *Dei Verbum* y como desarrollo pedagógico de *Gaudium et Spes*, 22. La consagración del método inductivo que debe ser completado con el deductivo y la prioridad concedida a la catequesis de adultos en el *Directorio* serán determinantes para nuevas andaduras. El *Ritual para la iniciación cristiana de adultos* en 1972 que, al principio, pasa casi desapercibido, pero que poco a poco se irá valorando como uno de los Rituales renovados por mandato del Concilio de extrema importancia para la catequesis no sólo de los llamados países de misión, sino también para los de vieja cristiandad.

De 1972 a 1977 tiene lugar un tiempo de extraordinaria fecundidad en el movimiento catequético español. En 1972 se publica el primer catecismo de la comunidad cristiana dirigido a los preadolescentes: *Con vosotros está*. Es el primer catecismo español claramente conciliar que se concibe a sí mismo como instrumento para una catequesis que despliegue y eduque en el Vaticano II. Hubiera sido el momento de recoger toda la experiencia rica del movimiento comunitario español de estos años y desarrollar ya una verdadera

catequesis de la comunidad cristiana. Por desgracia todavía no fue así. El catecismo *Con vosotros está* se utilizó sobre todo en el ámbito escolar, malográndose su intención, ya que la catequesis española seguía presa de la catequesis parroquial de niños, principalmente como preparación para el sacramento de la primera Eucaristía. Es verdad que en algunas regiones pastorales, sobre todo en Castilla y León, la región del Duero, se inician planes de una catequesis continua, orgánica y progresiva en el ámbito comunitario parroquial. Pero es la excepción. Y tampoco fue una experiencia lograda.

Con motivo de la reforma educativa de 1971 se produce la necesidad de crear nuevos Catecismos escolares para la ampliación de cursos de la Educación General Básica. El Catecismo de 4.º curso pasará a 5.º y se elabora un nuevo Catecismo escolar para 4.º que será ya un Catecismo en la línea antropológica-experiencial propugnada por el *Directorio General de Pastoral Catequética*. Junto con el catecismo de preadolescentes *Con vosotros está*, este Catecismo escolar de 4.º curso será un importante instrumento para la formación de catequistas, ya que presentan programación y desarrollos temáticos acordes con lo que la catequesis española quiere ser. Hay que reconocer aquí el mérito a la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis y a su órgano el Secretariado Nacional de Catequesis, impulsores de la renovación. Los Obispos españoles han asumido su misión evangelizadora y se preocupan de dotar a la Iglesia en España de los instrumentos pedagógicos que la nueva situación requiere. Algo semejante puede decirse de la *Biblia para la iniciación cristiana*, que ve la luz en 1977, ofrecida como Biblia para el catequista, con magníficas introducciones y notas catequéticas al texto bíblico, así como excelentes complementos pedagógicos para la iniciación de los catecúmenos en la lectura de la Palabra de Dios.

A esta pujante vitalidad del movimiento catequético español se le dio un estímulo desde la III Asamblea General del Sínodo de Obispos en 1974 sobre la Evangelización, y, un año después, en 1975, la publicación de la Exhortación apostólica, conclusiva del Sínodo, *Evangelii Nuntiandi*, de Pablo VI. Es un documento admirable, lleno de razón cristiana y sensibilidad para un mundo que conserva sus raíces cristianas y se aleja de la comunidad eclesial inmerso en un proceso de secularización, o que, por el contrario, se abre al Evangelio con un hambre desesperada de plenitud de verdad desde la religiosidad popular, religiones no-cristianas o desde las búsquedas erráticas religiosas. *Evangelii Nuntiandi* contiene ya un primer discernimiento sobre la eclesialidad del movimiento comunitario que ha aparecido con fuerza en la Iglesia del post-Concilio. Junto con el Decreto *Ad Gentes* del Vaticano II, la Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* pasará a formar parte del «corpus catecheticum» de la Catequética fundamental postconciliar, admi-

rada e indiscutida, considerada Carta Magna de los catequistas y educadores en la fe.

Todo esto, descrito en compendio, ha tenido lugar en el movimiento catequético español cuando se convoca, en 1977, la IV Asamblea General del Sínodo de Obispos sobre la catequesis, con especial referencia a los niños y jóvenes. La vida intensa de nuestra Iglesia desde 1966 a 1977 coincide también con el final de una etapa política en España y el principio de la transición a la Monarquía parlamentaria. La postura tomada por la Conferencia Episcopal Española en 1973 en su Exhortación colectiva *La Iglesia y la comunidad política* fue una clarificación necesaria en fidelidad al Concilio Vaticano II y al nuevo modo de situarse la Iglesia ante las realidades temporales, incluidas las políticas, según la *Gaudium et Spes*. No se entendió así desde sectores políticos, pero el pueblo cristiano en su mayoría lo comprendió y aprobó. La catequesis, sobre todo el movimiento comunitario de adultos, desarrolló entonces una dimensión nueva: el compromiso social y político como verificación de la fe y de la caridad en el seno de la sociedad. Se cometieron muchos errores, faltó pedagogía del compromiso, se redujo a veces la posibilidad de actuación del cristiano a militancias en organizaciones políticas o sindicales, se lanzó a hombres insuficientemente preparados para la tarea que les esperaba. Y, sin embargo, a pesar de todo, la catequesis de adultos movilizó muchas energías por caminos de diálogo y comprensión que facilitó, se reconozca hoy o no, una transición pacífica y ejemplar que se negó a resucitar los viejos fantasmas agresivos de las dos Españas.

En 1977 el movimiento catequético español polarizaba prácticamente la acción pastoral de la Iglesia. Todo era catequesis o se intentaba encajar en la catequesis. Se había producido una hipertrofia no buscada en el movimiento catequético: la liturgia se cargaba de palabra y se la convertía en catequesis, los movimientos apostólicos llenaban de contenidos y metodología catequética los planes de formación de sus militantes, la teología experimentaba la tentación de la vulgarización catequética, las distintas formas de la educación en la fe se vertían en moldes catequéticos. La catequesis era como un gran caudal fluvial en el que, por sus afluentes de la derecha y de la izquierda, se vertían todas las aguas de la renovación teológica, bíblica y litúrgica; las aportaciones de las ciencias del hombre, sobre todo de la antropología cultural, la psicología, la sociología, la filosofía y el derecho; la lectura social y política de la realidad; el análisis de los sistemas económicos; la dimensión comunitaria, etc. Y todo esto a gran velocidad, sin tiempo de sedimentación, de modo que el caudal de la catequesis parecía arrollador, cuando no devastador. Era necesario reposar las aguas y discernir la identidad o carácter peculiar de cada una de las acciones o funciones eclesiales.

No todo era catequesis. Porque si todo es catequesis, posiblemente nada lo es. Era necesario recuperar la calma y el sosiego para devolver justamente, justicia distributiva, a cada uno lo suyo.

TIEMPO DE DISCERNIMIENTO

Lo que había pasado en el movimiento catequético español, manifestación de una vitalidad fuerte de la Iglesia y, a la vez, crecimiento desordenado y acelerado en el tiempo, debió ser una constante del post-Concilio en otras Iglesias, aunque con diversas insistencias. El hecho es que la IV Asamblea del Sínodo episcopal de 1977 experimentó la necesidad de, por un lado, no cercenar el árbol fértil, ni apagar la mecha que humea, y, por otro, encauzar esta vitalidad a veces arrolladora, a veces anarcoide.

El Sínodo de Obispos fue una recreación de una vieja institución eclesial del Vaticano II, como expresión de la colegialidad y forma de ejercer la preocupación por todas las Iglesias por parte del Episcopado universal junto con el Sucesor de Pedro, Obispo de Roma. Desde 1967, en que se celebró la I Asamblea ordinaria de esta institución permanente, se han ido tratando los grandes temas que afectan a la vida de la Iglesia universal: la regulación jurídica de la Iglesia y la reforma litúrgica eucarística (1967), las Conferencias Episcopales (1969), la justicia y el ministerio sacerdotal (1971), la evangelización (1974) y, finalmente, la catequesis en 1977. En un principio se limitó el tema a la catequesis de niños y sólo después de la consulta al episcopado universal se amplió a la de jóvenes. En realidad, en las sesiones de esta Asamblea sinodal salieron todas las grandes preocupaciones de la catequesis sin limitarse a edades.

El Sínodo de Obispos ha ido mejorando su funcionamiento con el rodaje de sus Asambleas sucesivas, pero un reglamento poco flexible para una Asamblea numerosa impide que los Padres sinodales puedan llegar a poco más que redactar un mensaje final a toda la Iglesia y entregar al Papa, en forma de proposiciones, las principales convergencias producidas sobre todo en la libre discusión de los grupos lingüísticos más que en las sesiones plenarios, poco permisivas con la expresión espontánea de los Padres. En las proposiciones, que no suelen hacerse públicas al estar destinadas al Papa, puede encontrarse muchas veces los verdaderos latidos del corazón de la Iglesia, los logros y los problemas pendientes.

Esta IV Asamblea sinodal, la última que preside Pablo VI y en la que el Cardenal de Cracovia Karol Wojtyla participa y tiene importantes intervencio-

nes, hizo un proceso de discernimiento sobre la situación de la catequesis en la Iglesia, como se refleja en las 34 Propositiones que elevan al Papa a modo de conclusiones, para «que el Papa ofrezca un documento a la Iglesia, como se hizo en la III Asamblea del Sínodo de 1974».

Las Propositiones recorren cuidadosamente los más importantes aspectos de la catequesis: se constata el vigor de la renovación catequética en la Iglesia, pero se pide «reexaminar el concepto de acción catequética, instituciones y personas, lugares, medios, coordinación, a nivel diocesano, regional y universal»; se precisa la finalidad de la catequesis y se asume la dimensión antropológica junto con la eclesiológica, cristológica y trinitaria; se pide que la catequesis dé el sentido profundo a la vida cotidiana; se afirma el carácter eclesial del compromiso cristiano como respuesta a las necesidades de la Iglesia local y de la sociedad en que vive la Iglesia y cómo debe vivirse desde la experiencia comunitaria; se revisan los contenidos básicos de la catequesis y sus consecuencias; se afirma el cristocentrismo y se pide guardar el depósito íntegro de la fe, recordando las verdades necesarias para la salvación y estableciendo el criterio de que la investigación de los teólogos no es materia de la catequesis, subrayando, sin embargo, la necesidad de establecer una jerarquía de verdades en los contenidos catequéticos; se pide ponderación y responsabilidad en el modo de exponer la fe para no confundir a los fieles y restablecer la confianza en el testimonio unánime de la Iglesia, como presupuesto de la renovación; se revisan las relaciones de la catequesis con la moral y la teología; se reflexiona sobre el carácter no-neutral del método; se pide integrar la sacramentalización en un itinerario permanente de maduración cristiana; se aborda el preocupante problema de la inculturación; se pide superar las dicotomías en síntesis creativas; se pide la recuperación de la memoria como facultad humana y la Memoria de la fe; y, con gran amplitud, se recorre la catequesis por edades y los ámbitos catequéticos. Especial importancia tuvo en la Asamblea sinodal la reflexión sobre la comunidad como origen, lugar y meta de la catequesis, proponiéndose para la Parroquia la sugerente fórmula de «comunidad de comunidades».

Este sumario indicativo de las Propositiones revela ya la riqueza de la reflexión sinodal y apunta las preocupaciones principales de este momento eclesial: situar a la catequesis en su sitio, dentro de las grandes acciones eclesiales, definiendo su carácter propio y su verdadera finalidad, contradistinguiéndola de las demás acciones eclesiales. Los Padres sinodales parecen conscientes de que es un momento de elaborar nuevas síntesis entre los diversos acentos metodológicos: lo doctrinal y lo vivencial, lo antropológico-existencial y lo dogmático, la iluminación de los problemas políticos que lleva al compromiso temporal y espiritual. «No se pueden sostener posiciones ra-

dicales de uno u otro signo sin que sufra detrimento el Evangelio». Invita por lo tanto a superar las dicotomías, no en una solución de compromiso o término medio, sino resolviendo la tensión dialéctica con la simultánea afirmación de los términos. Se trata de una obra creativa que suscita nuevos estilos de catequesis, más fieles al Evangelio, ya que el criterio subyacente para la resolución de estas dicotomías no puede ser otro que el criterio radicalmente teológico de la Encarnación del Verbo que asume la condición humana en la persona divina.

El mensaje final que los Padres sinodales de 1977 dirigieron a la Iglesia, al concluir la Asamblea, no recogió ni sumariamente las más hondas preocupaciones sinodales en su amplitud, pero logró un bellissimo texto de gran calado teológico y prometedora fecundidad catequética, al presentar la catequesis en su triple aspecto de Palabra, Memoria y Testimonio. Este mensaje final sinodal es una de las mejores lecciones de Catequética fundamental que se han dado en la Iglesia.

Un tema exterior a la catequesis, pero importante por señalar la condición de posibilidad de la misma, es el del derecho de los fieles a recibir la catequesis de la Iglesia y la necesaria libertad religiosa como marco que haga posible el ejercicio de ese derecho de conciencia y, por tanto, derecho humano inviolable. Esta preocupación fue aportada al Sínodo por los Padres sinodales del Este europeo fundamentalmente y Juan Pablo II, el primer Papa eslavo de la historia de la Iglesia, la recoge en *Catechesi Tradendae*. Diez años después parece que la libertad religiosa, como parte de la libertad sin adjetivos, está a punto de lograrse en muchos países que vivían en régimen totalitario. Hace diez años nadie lo hubiera creído. Esas Iglesias entran hoy en una nueva situación que es un nuevo desafío a la fe: el de la catequesis en libertad. De este desafío las Iglesias en países con regímenes demócratas liberales saben mucho.

TIEMPO DE NUEVAS SINTESIS: *CATECHESI TRADENDAE*

A la vez que se publica *Catechesi Tradendae* en 1979 por Juan Pablo II tiene lugar la III reunión del CELAM en Puebla de los Angeles (Méjico), al que asiste el Papa. Puebla será a Medellín lo que *Catechesi Tradendae*, reflejando el Sínodo de 1977, es al desarrollo postconciliar del movimiento catequético: un discernimiento sobre la realidad presente y un aliento para el futuro.

Dicho en clave de humor: *Catechesi Tradendae* significó en el movimiento catequético lo que en una escuela significan las palmadas del maestro que

ponen fin al recreo. Esa era la sensación: el Papa se ha asomado a los catequetas y catequistas, les ha visto enmarañados en las actividades lúdicas, enredados con mil hilos, desarrollando alardes imaginativos y se ha dicho: pongamos orden. Cada cosa en su sitio: la catequesis debe recobrar la calma, ordenarse, recuperar sus verdaderas funciones dejando a otras acciones eclesiales lo que las constituye como tales. No es tarea de la catequesis crear comunidad, ni celebrar la liturgia, ni ordenar la sociedad. Su tarea es la transmisión de la fe. ¡Que se centre en eso!

Catechesi Tradendae no quiere ser ruptura con toda la riqueza acumulada en la vida de la Iglesia por el movimiento catequético anterior a ella, ni declarar superado todo el magisterio sobre la catequesis desarrollado desde el Concilio Vaticano II. La prueba es que se apoya en él sin reticencias. Lo que sí quiere es que ese don precioso del Espíritu a la Iglesia que es la catequesis, al que «las comunidades cristianas a todos los niveles responden con una generosidad y entrega creadora que suscita admiración» (CT, 3), no se pierda en la espesura del bosque, ni se enmarañe en la fértil vegetación que ha producido la siembra del Concilio Vaticano II, sino que recobre su verdadera identidad, limpia de la ganga que se le ha adherido.

El estilo de *Catechesi Tradendae* oscila entre la exposición y el imperativo. No frena la renovación postconciliar; pretende conjugar la fidelidad a la tradición catequética desde los primeros siglos con la creatividad que exigen las situaciones nuevas. Quiere una catequesis sólida, gozosa y vigilante, adaptada a los hombres de nuestro tiempo, pero fiel a la revelación de Dios de la que es garante la Iglesia. ¿Cómo hacerlo? Afirmando la identidad cristiana y eclesial de la catequesis y discerniendo los elementos que contribuyen simultáneamente a su fidelidad y a su renovación continua, ampliando el concepto de catequesis, propugnando un método adecuado —no todo es válido, ningún método es neutro—, un lenguaje adecuado, sustancial, no meramente instrumental; dándole coherencia con la tradición eclesial y unidad sistemática, orgánica, de modo que al cristiano se le entregue, a lo largo del proceso catequético, el Credo en que se expresa la fe de la Iglesia, lo que ella es y confiesa.

Juan Pablo II no elabora en *Catechesi Tradendae* un tratado completo sobre la catequesis. Ni lo quiere, ni lo pretende. Explícitamente confiesa que sólo desea poner de relieve algunos aspectos más actuales y decisivos, ya que el *Directorio General de Pastoral Catequética* es el documento básico de la catequesis postconciliar. Muchos temas que tuvieron relevancia en el Sínodo de 1977, como la dimensión comunitaria de la catequesis, la inculturación, los elementos constituyentes de la catequesis como Palabra, Memoria y Tes-

timonio, etc., son tratados breve y tangencialmente, así como los aspectos ecuménicos o sociales. Lo que no se dice no se niega; simplemente se omite. Muchos de estos aspectos han sido tocados ampliamente en otros textos de su abundante magisterio por el Papa. Es, por tanto, *Catechesi Tradendae* un documento necesariamente limitado a sus objetivos: dar cuenta del Sínodo a la Iglesia, comunicar algunos aspectos más importantes de un discernimiento sobre la situación del movimiento catequético y ayudar a que la catequesis recobre su puesto en la Iglesia deslindándola de otras acciones y tareas eclesiales, de modo que se asegure su servicio a la identidad cristiana.

Se trata de un texto que quiere ser equilibrado, para comunicar equilibrio, y conciliador, para que nadie se sienta excluido. El texto refleja una preocupación: en un clima social de incertidumbre y erosión de las raíces cristianas de muchos hay que confirmar en la fe a los hermanos, transmitir las certezas, sencillas y fundantes, que dan seguridad al creyente, de modo que la catequesis forme cristianos capaces de ser testigos fieles del Dios vivo en un mundo que vive como si Dios no existiese.

Catechesi Tradendae no se puede contraponer a *Redemptor Hominis*, que son casi temporalmente simultáneas en su proceso de elaboración. Para nosotros, los cristianos, el hombre es lo importante. No se trata por tanto de forzar a la catequesis para que sea guardiana de la ortodoxia de la fe. Debe serlo, debe tener una buena teología en sus cimientos. Se trata de ofrecer al hombre lo importante, la fuerza de la fe.

Tampoco se debe contraponer *Catechesi Tradendae* a *Evangelii Nuntiandi*. Pertenecen a dos Papas de sensibilidad muy distinta, separados por años en los que el tiempo ha corrido deprisa, pero una se edifica sobre otra y ambas sobre el Concilio Vaticano II y su percepción de la Iglesia y del mundo. Es verdad que esta percepción del mundo se carga ahora de más dramatismo y por tanto se hace más urgente la evangelización. El mismo Pablo VI expresó esta misma visión en sus últimos años de Pontificado. Pero Juan Pablo II expresa en *Catechesi Tradendae* una clara convicción: sólo una Iglesia sólida y fiel puede acometer la tarea de la evangelización con acierto. Sólo una Iglesia confirmada en la fe y gozosa de su existencia cristiana puede ser convincente en un mundo desesperanzado, que tras sus abandonos y vacíos oculta una desesperada nostalgia de Dios. Esa nostalgia no debe ser aprovechada por los nuevos brujos y chamanes para vender sus dudosas mercancías religiosas. Es llamada de Dios a su Iglesia para que ofrezca la perla preciosa, el tesoro del campo. Y para eso es necesario que el cristiano sea consciente de la riqueza que posee y, con humildad y verdad, se acerque al hombre de nuestro mundo orgulloso de ser cristiano. La catequesis debe con-

tribuir a ese reconocimiento del valor humanizador y curativo del Evangelio para el hombre herido en los caminos que hoy conducen a Jericó. El cristiano es el buen samaritano —no el sacerdote ni el levita del viejo y caduco templo de la religión de Jerusalén—, y la Iglesia es la posada donde se cura al caminante apaleado por los salteadores de caminos equivocados.

EPILOGO PARA CATEQUISTAS DESCONFIADOS

Ciertamente la comparación entre *Catechesi Tradendae* y sus fuentes, sobre todo las Proposiciones de la IV Asamblea del Sínodo (1977), pondrá de relieve hasta qué punto *Catechesi Tradendae* recoge las preocupaciones sinodales o no, cuáles son las preocupaciones personales del Papa y dónde estriba la novedad de los acentos que se dan a la catequesis. Pero esta exclusiva consideración sería un punto de vista parcial, algo miope, incapaz de valorar lo que *Catechesi Tradendae* aporta.

Catechesi Tradendae hay que leerla desde el corazón de la Iglesia y del mundo, al que la Iglesia quiere servir. La enfermedad pide medicina específica, no genérica. No trata una enfermedad de riñón un médico generalista, ni enseña física cuántica un profesor de E.G.B. El mundo con el que dialogó el Concilio Vaticano II en la *Gaudium et Spes* pide una Iglesia clarificada sobre sí misma y sobre su misión. Lo que la Iglesia es se refleja en lo que hace. Las acciones eclesiales —evangelización, celebración de la fe en la liturgia, el testimonio de la caridad expresado sobre todo en el servicio a los pobres— sólo serán auténticas si son lo que, por su naturaleza, deben ser.

Muchos hombres ya no se preguntan nada. Han enterrado en el silencio o en la sospecha cualquier inquietud religiosa. Pero muchos hombres siguen buscando y preguntándose por el sentido de la vida y de la muerte. A unos y a otros se dirige la Palabra de Dios, de la que la Palabra de la Iglesia es portadora. Interesa mucho que la respuesta sea adecuada a la pregunta. Hay realmente algo peor que una pregunta sin respuesta y es: una respuesta a lo que nadie pregunta. La catequesis debe ser estímulo para los que ya no se quieren preguntar. Y por eso debe ser hoy muchas veces agresivamente misionera. Pero debe ser palabra preñada de verdad para los que buscan y no encuentran, para los que aún esperan, consciente o inconscientemente, un amanecer para su noche oscura.

Catechesi Tradendae puede ser inteligible desde ahí, desde donde quiso situarse Juan Pablo II y la IV Asamblea del Sínodo de Obispos. Es decir: desde la ventana abierta por el Concilio Vaticano II en el diálogo Iglesia-mundo. El mundo es como es, pero Dios le ama. Y la Iglesia es como es, santa y pecadora, pero lleva un tesoro en vasija de barro. Y está convencida de que ese tesoro es salud y salvación para el hombre. No es suyo. Se lo han dado para que lo dé. No puede renunciar a ofrecerlo. Pero no de cualquier modo, no a cualquier precio. Interesa mucho que la Iglesia mire siempre más allá de sí misma y sea responsable de su misión. A esto quiso contribuir *Catechesi Tradendae* sobre todo.